897.286
S127c

Cuentos de amor y de tragedia

By

Vicente Sáenz

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

897.286
S127c

Eugenio Vargas H.

Vicente Sáenz

Cuentos de Amor y de Tragedia

Ediciones Renovación

Tomo No. 31

Precio: ₡ 1.00

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un solo autor

Precio: 30 céntimos ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

Dirección:

Frente al Palacio de Justicia

Teléfono 329 - Apartado 638 - San José, C. R.

PUBLICADOS:

1 *Las vírgenes locas*, Vicente Blasco Ibáñez. (ag.)
2 *Clopinel*, Anatole France. (Agotado).
3 *Homenaje a Francia 1917*, (Agotado).
4 *La Escuela altruista*, Anselmo Lorenzo.
5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
6 *La basílica fantasma*, Pierre Loti.
7 *El príncipe feliz*, Oscar Wilde.
8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
9 *La Ciencia y la Metafísica*, Carlos Gagini.
10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
11 *El Estado Docente*, Ricardo Castro Meléndez.
12 *La canción triste* (poesías), Vicente Medina.
13 *Del momento fugaz*, Leonardo Montalbán.
14 *Homenaje a Fracia 1918*.
15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó, 1.ª serie.
16 *Diálogos sobre la belleza*, Francisco Pi y Margall.
17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
18 *Antología hispano-americana*, Nicaragua.
19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.
20 *El patio azul*, Santiago Rusiñol.
21 *De sobremesa*, Jacinto Benavente.
22 *Bronces de antaño* (teatro), Eduardo Calsamiglia.
23 *El jardín de Epicuro*, Anatole France.
24 *Páginas escogidas*, Mariano Ospina R.
25 *Juan José*, Joaquín Dicenta.
26 *Artículos*, Eça de Queiroz.
27 *Evangélicas*, Pedro B. Palacios (Almafuerte).
28 *Las guarias del crepúsculo*, Napoleón Pacheco.

VICENTE SAENZ

EDICIONES RENOVACION

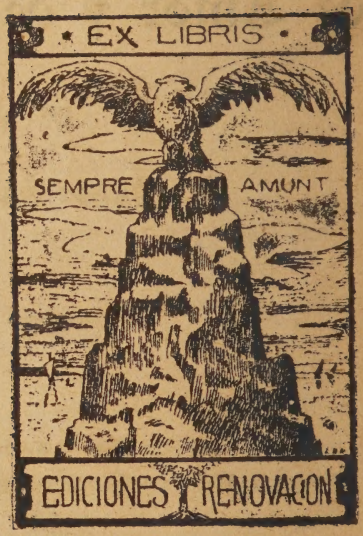
Cuentos
de Amor y de Tragedia

por

Vicente Sáenz

San José de Costa Rica
Imprenta, Librería y Encuadernación de Falcó & Borrasé
1920

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92


EX LIBRIS
SEMPRE
AMUNT
EDICIONES RENOVACION

NOTA PRELIMINAR

En un grueso cuaderno de estudiante había venido recopilando desde hace varios años—hasta fines del próximo pasado en que lo perdí, sin saber cómo ni en dónde—mis cuentos y apuntes de la vida diaria.

Acariciaba la idea de publicarlos en cuanto regresara a Costa Rica, en un tomo que llevaría por título Cuentos y Acuarelas.

Desgraciadamente, cuando abrí los equipajes no pude encontrar por ningún lado, entre tanto papel como traía de México y de los Estados Unidos, el cuaderno ya referido, en cuyas páginas estaba condensado mi esfuerzo de no escasos años, pues que allí también se hallaban incluidos y enmendados mis primeros trabajos de mocedad.

Escribí entonces a Yucatán y a la Habana creyendo que, acaso, lo habría dejado en la redacción de algún diario o en manos de al-

453722
897.286
S127C

gún buen amigo. Pero mis empeños resultaron vanos y, en consecuencia, mi labor casi en su totalidad perdida: pues bien sabido es cuánto trabajo implica la reconstrucción de cualquier apunte netamente literario.

El pesar que una pérdida de esta índole causa, sólo pudiera entenderlo quien por trance igual haya pasado.

Esta parte de mi perdido esfuerzo que los señores Falcó y Borrasé ofrecen hoy a sus lectores de RENOVACIÓN, *la he podido rehacer—no ciertamente a satisfacción mía—y por ello pido clemencia a críticos y a lectores.*

VICENTE SAENZ

San José, Septiembre de 1920.

UNA TRAGEDIA INTIMA

Don Lorenzo de Lezcano, quien gozaba de gran nombradía entre los intelectuales de habla castellana residentes en Nueva York, no hace mucho tiempo que festejaba a sus amistades íntimas con una comida.

Era un corpulento centroamericano, gran fumador de tabacos egipcios y que bebía admirablemente bien toda clase de bebidas espirituosas.

De hermosa y bien parecida faz, un poco morena la tez, negros los ojos y el cabello, la frente despejada y limpia, era el tipo de los hijos de España con mezcla de esa sangre hirviente pero un si-es no-es pausada del indio de Centroamérica.

Había invitado a tres o cuatro amigos, periodistas o poetas, y a unas cuantas mujeres bellas y graciosas que pudiesen armonizar con el carácter latino, haciendo más amena la reunión.

Los comensales, en el momento en que los presentamos a nuestros lectores, se hallaban en los postres. Habían llegado a ese instante en que empieza la digestión, sumiéndose en un sopor y un mutismo, en una no sé qué extraña sensación de quietud y de sosiego que sigue a una comida suculenta.

Alguna que otra frase, algún que otro chascarrillo dicho de largo, en largo, era recibido con muestras de aprobación y agrado por parte de los demás concurrentes cómodamente arrellenados en sus respectivos asientos.

—Espero que el señor Lezcano nos favorezca con uno de esos bellos cuentos que sólo él sabe contar. Estas palabras las profirió un joven periodista, bullicioso admirador del literato.

—Sí, sí—dijeron todos en coro, presagiando satisfechos que la voz del narrador iba a distraer muy agradablemente sus embotados sentidos.

El buen centroamericano se excusó diciendo que por el momento no recordaba nada: pero como continuaran las insinuaciones y las súplicas ofreció leerles, no un cuento, sino una historia real y verdadera. Todos aceptaron de

muy buen grado el ofrecimiento, aunque no fuese más que de lectura. Don Lorenzo se levantó, regresando poco después con un manuscrito.

—Es, dijo al entrar, la historia de todos los días; la lucha heroica contra todos los dolores, contra todas las miserias, contra todas las tempestades que sacuden el espíritu humano; la caída de un héroe en plena lucha interna; el compendio de una vida llena de desengaños, de amarguras, de rarezas.

Y así que hubo encendido un oloroso egipcio y arrellenádose cómodamente en su sillón, comenzó à leer pausadamente: .....

.....

Ha pocos meses en esta urbe inmensa, tan extravagantemente hermosa, conocí a un joven de tez pálida, que en largas guedejas usaba el cabello intensamente negro, y que continuamente llevaba en los labios una.... a primera vista sonrisa, pero que ya más estudiada tomaba todos los visos de una mueca, la cual bien podía ser profundamente irónica, bien de honda melancolía. Su frente alta, despejada y blanca, más blanca aun que el resto de su

faz, era el más claro testimonio de su intelectualidad y su mejor adorno.

Pasaba con increíble facilidad de la más loca y desenfrenada alegría, al más negro y misterioso estado; había momentos en que se extendía el arco de su sonrisa para dar paso a un reír sonoro, pero de pronto una sombra de infinita tristeza pasaba por su alba frente, obscureciéndola, y volvía otra vez, inevitablemente, a su continuo ademán de taciturno.

Yo sabía que era de uno de esos bellos países de la América del Sur; que había venido a Nueva York por una serie de motivos de orden moral; que su familia, según afirmaban algunos compatriotas suyos, era de las más antiguas, distinguidas y ricas del país aunque, como a menudo ocurre en la nobleza, dividida a causa de un sinnúmero de intrigas y de querellas íntimas.

Había en su cuarto, rodeándole, una colección de objetos muy a propósito para entristecerle: recuerdos de la niñez, del colegio; retratos de amigos y amigas, seres queridos de él separados por enorme distancia, acaso ya muertos muchos de ellos; y en el centro de todas aquellas preciosas reliquias una pin-

Los comensales, en el momento en que los presentamos a nuestros lectores, se hallaban en los postres.

tura al óleo, de su padre, de aspecto venerable y aristocrático, con la barba blanca recortada a la francesa, el mirar intensamente triste.

Yo le vi muchas veces reclinado en su escritorio, pensativo y lloroso, contemplar aquella imagen amada. O bien la de una mujer al parecer muy joven, de cabello obscuro, ojos serenos, labios voluptuosos e inefable sonrisa.

Como en cierta ocasión le preguntara acerca de ella a nuestro misterioso personaje, díjome de manera un tanto rara e incomprensible que no era más que un desengaño, una ilusión muerta. Y no quiso agregar nada...., a pesar de que yo hice cuanto pude por obtener detalles más explícitos de tan seductora beldad.

Pasaban los días.... Nuestro amigo cada vez más preocupado y melancólico, tal que si llevara dentro del alma un pesado fardo de sinsabores y nostalgias.

Su posición era bastante buena en una de estas enormes oficinas neoyorkinas, y no pocas veces empero pronunciaban sus labios amargas quejas de esta vida metropolitana, de tan grandes actividades y alegrías para unos, pero

llena al mismo tiempo, para otros, de cuantas miserias y tristezas puede la mente imaginar y sentir el corazón. Comentaba la vida terriblemente cruel y dura de quien, como él, todo idealismo, veíase obligado a vender jirón por jirón de su existencia, a sacrificarse sin remedio para recibir en premio el mendrugo.... el eterno mendrugo que aplaca los lamentos también eternos del estómago. Y yo observaba con interés cómo sus facciones se contraían nerviosamente, cómo sus ojos se empañaban al decir estas palabras.

Dentro de su sér se libraba continuamente una batalla, una lucha tan prolongada y cruel, que ni siquiera parecía dejarle un instante de reposo para que, tomando fuerzas, tuviese esperanzas de vencer.

Su cara se iba ponienda más y más delgada cada día; más pálida la tez: tal que si estuviera atacado de alguna grave enfermedad que iba minando su organismo poco a poco, sin piedad, sin esperanzas de salvación.

Yo me preguntaba con afán el por qué de tan extrañas manifestaciones, procurando escudriñar disimuladamente las causas de aquella lucha íntima y contínua; pero era tanta la re-

serva del joven amigo y tan grande su discreción, que no pude conocer sino muy pocos de los motivos de su asaz interesante y triste vida....

De niño había asistido al espectáculo, nada edificante, en que cada uno de los miembros de su familia era principal actor: murmuraciones, odios y rencores que amargaban su infancia haciéndole llorar, cuando los demás niños de su edad jugaban y reían, libres de dolores y penas. Más adelante unos amores desgraciados...., sus únicos amores, pero infortunadamente dentro de la misma familia.

—Ya una vez mi padre, sospechando algo, habíame llamado la atención muy seriamente: «Que nunca se te ocurra, hijo mío, pretender una unión que yo sería el primero en condenar.»

Y continuó luego narrándome lo siguiente: el pobre joven, una vez que, contra su costumbre, parecía desear que alguien fuese confidente de sus dolores:

«Cuando yo escuchaba aquellos consejos de mi anciano padre, aquellas sus reflexiones y amargos reproches, dábanme deseos de protestar. ¿Qué culpa tenía ella, qué culpa tenía yo de los disturbios familiares? Pero al verle po-

seído de sincera pena; al notar su luenga barba de nieve estremecida por el sufrimiento; al mirar enrojecidos por el llanto sus ojos ya gastados e intensamente tristes, sentía librarse en lo más profundo de mi corazón una espantosa batalla, al mismo tiempo que brotaban de mi mente las más extravagantes ideas acerca de aquella íntima tragedia familiar. Muy grave habría de ser cuando mi padre jamás quiso que yo supiera sus detalles.

Muchas veces me encerraba en mi cuarto y sollozaba como un niño; y cuando desesperado me llegaba de nuevo al autor de mis días, decidido a abrirle mi corazón para que pudiese leer en el fondo de mi pobre alma, al sentirme entre sus brazos cariñosos y buenos, el desaliento volvíase a apoderar de mí, y temiendo darle un gran disgusto dejaba para el día siguiente la confesión de mis horribles penas, de mi pasión invencible.

Y así fueron pasando las semanas y los meses, hasta que llegó una fecha en que se anunciaba el matrimonio de la que había constituido mi mayor ensueño: la forzaban sus padres a casarse con un ministro de Estado.

¿Qué hacer.....? Opté por resignarme. Era

por el bien de mi padre, por el bien de mis hermanos. Antes que hacerlos sufrir.... ¿no era acaso preferible que me sacrificase yo por ellos? Bastante había llorado ya, bien hondamente había herido mi corazón el desengaño, para que me amedrentasen unos cuantos dolores más. Si todo lo había resistido....¿por qué no llegar hasta lo último, con calma, con indiferencia, con dignidad?....Hasta llegué a autosugestionarme que ya no la quería, que mis amores habían sido locuras de momento, ilusiones de juventud.

Y esperaba con impaciencia el día de la boda, para poder decirme a mí mismo: hoy te llega la tranquilidad; se acabó el martirio; ahora sí....¡estás libre corazón!

Y llegó el día y llegó la hora. ¡Hora fatal! Ella estaba pálida, llorosa, emocionada. Sus hermosos ojos negros, empañados, se posaban en los míos. A través de ellos descubrí su alma: estaba ensombrecida. Bajé la cabeza vacilante, presintiendo una tempestad de dolores, pero nuestros ojos otra vez, inevitablemente volvieron a buscarse. Había en los suyos un reproche y una lágrima titilaba en sus pestañas.

Yo entonces comprendí la injusticia de mi

proceder al mostrarme indiferente y resignado desde el propio día en que ella había sido forzada al matrimonio, dejándola abandonada a su dolor cuando iba a ser inmolada por sus padres; y ahora, al no haber ya remedio, su mirada de reproche me hacía volver a la realidad.

La tempestad se desencadenaba.....Un segundo más....,y la novia habría de dar el sí ante el vicario y ante la concurrencia....Dudé un instante....Nos habíamos puesto de acuerdo con el lenguaje mudo del verdadero amor: yo la iba redimir.

Mas ¡ay!, por una fuerza extraña torné de pronto la cabeza: ¡mi padre! Todo lo había comprendido, y me miraba fijamente, severamente como nunca me había mirado. Sentí un calofrío, pensé en las funestas consecuencias que podría acarrear mi temeridad, bajé de nuevo la cabeza y....al oír un sí tembloroso y débil no pude contenerme por más tiempo; cuando a los acordes de la marcha nupcial desfilaban las parejas....yo iba sollozante, huyendo, huyendo, huyendo.....

.....

Han pasado cinco años desde que salí de la casa mía. De nadie he vuelto a saber. Mi pa-

dre me escribe muy de tarde en tarde, y sus cartas exhalan un aroma de infinita nostalgia, acaso más tenebrosa que ésta mía: parecen recados de ultratumba. Quisiera volverle a ver antes que muera, estrecharle de nuevo contra mi corazón, mas temo que sus palabras, al verme, no sean sino de amargos reproches..... ¡Pobre viejo mío!....»

—

Permaneció pensativo y taciturno nuestro joven amigo así que hubo terminado esta inesperada confidencia, a tiempo que brotaba una lágrima de sus tristes ojos negros, los cuales, ora se posaban en la pintura al óleo de su padre, ora en la que representaba a una mujer al parecer muy joven, de cabello obscuro, mirar sereno, labios voluptuosos e inefable sonrisa.

—

Aquella tarde estaba nuestro personaje absolutamente transformado, era otro. Conversaba alegremente, reía con su reír franco y sonoro, sin que esas sombras de infinita tristeza, sus compañeras de siempre, pasaran por su pálida faz, obscureciéndola.

—Esta noche—dijo de pronto y como recordando algo—bailaremos, cantaremos, tendremos

una velada deliciosa. Precisa sepultarlo todo, olvidar lo pasado para siempre y pensar....ya que no en el futuro, incierto, en el día de hoy, en la noche que se avecina. Nosotros, los que privados desde la infancia del cariño y el halago vimos transcurrir nuestra vida indiferente y fría; los que no supimos de la abnegación de una madre cariñosa y buena, ni sentimos sobre nuestros labios sus besos, los únicos santos y puros y sinceros; debemos contentarnos con las caricias compradas a las mujeres fáciles.

Que nuestros pobres labios yertos se unan a otros labios....acaso más yertos y más fríos; que nuestras manos inquietas palpen carnes voluptuosas y suaves, y que con otras manos vayan a confundirse; que enlacen nuestros brazos cinturas torneadas y blancas; que vengan dulces y tiernas soñadoras de ojos profundos y espirituales formas, a alegrar con sus voces estas nuestras habitaciones mustias. Con sus voces, y con sus risas melodiosas y sonoras, y con sus cantos.

Usarán nuestros espejos y nuestros enseres; mirarán curiosas nuestros cuadros; se reirán irreverentes de los retratos de nuestras amigas vírgenes; bailarán entusiasmadas hasta el amanecer,

y descansarán luego en nuestros lechos. El eco de sus carcajadas llenará estas habitaciones lóbregas como las tumbas, y durante muchos días y durante muchas semanas quedarán resonando sus palabras en estas nuestras tristes estancias.

Bienvenidas sean, pues, estas mujeres blondas: a falta de nuestras princesas latinas, amantes apasionadas y sinceras, buenas son estas rubias sajonas de ojos azules y serenos. Azules como este cielo otoñal; serenas como la conciencia de los místicos o de los tonsurados.

Con ellas estaremos hasta que amanezca el día; hasta que vaya el Sol dorando con su tibia emanación de oro las copas de los árboles y las cumbres de los montes.

¡Bienvenidas sean estas emperatrices blondas!

—

Y llegó la noche, y llegaron las sajonas, y empezó la danza.

El estado de ánimo de mi joven amigo, su alegría, sus carcajadas, me inquietaban. ¿Qué causas habían operado una transformación tan súbita?....Hasta llegué a creer que había perdido el juicio.

Ya muy entrado el amanecer, al final de la

orgía, cuando las flores estaban marchitas y—al decir de Rabelais—la borrachera se extendía hasta las sandalias, se levantó y se dirigió a su cuarto nuestro raro personaje, después de habernos pedido que le excusásemos un momento.

Pasaron unos segundos....; dejaron de oirse sus pisadas....; con estrépito se cerró una puerta, y a continuación un ruido seco, inconfundible, se produjo.

Todos corrimos a la habitación del pobre joven: ya era tarde....: acababa de pasar, de los brazos de una cortesana, a los de la Muerte. Se había levantado de un pistoletazo, la tapa de los sesos.

ELLA

Después de haber leído
a Edgar Allan Poe.

Lo que estas líneas encierra no es un cuento imaginado ni un capricho de la pluma.

Es la historia eterna de las tragedias que un amor grande, sublime, no correspondido, produce en lo más íntimo del alma humana.

La historia de las buenas esposas que lloran por la infidelidad de sus maridos; de las madres que, cuantas más lágrimas vierten por culpa de sus hijos, más les quieren; de todos los mártires del amor que con el corazón destrozado, hecho pedazos, siguen amando a quien llevó a sus labios la copa de amargura, y que después clavó en su pecho el puñal homicida de la ingratitud, o del desprecio, o del olvido.

***

Dicen que estoy loco y me tienen encerrado en un manicomio, pero yo sé que no lo estoy.

¡Loco!....Escuchad atentos, y veréis como todo lo recuerdo:

Después del asesinato los periódicos escribieron mucho, y la policía estuvo a punto de perder el juicio buscando al o a los autores, pero no pudieron encontrarlos. ¿Y cómo, si era yo mismo el asesino; yo, que supe engañar a la justicia con una maestría que me aventuro a calificar de sorprendente?....

Cuando le hube destrozado el pecho y me convencí de que estaba completamente muerta, abandoné su casa, dirigiéndome a la mía con toda la rapidez de que fueron capaces estas piernas, que muy pronto habrán de corromperse bajo tierra. Tenía las manos y el vestido espantosamente ensangrentados, pero como la noche estaba obscura y las calles solitarias logré llegar sin ser descubierto a mi morada.

Me bañé, cambieme de ropa totalmente, hice un lío de la que antes cubría mis carnes, y lo lancé a un abismo que quedaba no lejos de mi vecindario. Volví entonces al lugar de la tragedia y, con doloroso gesto, dí aviso a los gendarmes del macabro hallazgo.

Se reunió un gran gentío frente a la casa, produciéndose un estremecimiento de horror en

medio de la multitud. Fuí sometido a diversos interrogatorios, pero no llegué a experimentar la menor inquietud, confiado en mi reputación que era intachable; por otra parte, no había en mí vestigio alguno de culpabilidad pues que ni una gota de sangre manchaba mis manos.

Dije que había llegado a casa de la víctima como de costumbre, encontrándola muerta, con el corazón deshecho, tirada en el suelo sobre un charco de sangre; y me mostraba muy tranquilo, sin que palpitase mi corazón aceleradamente ni se cubriera de palidez mi rostro, como quien descansa en la inocencia. Así es que me dejaron en paz aquellos hombres.

Yo mismo ayudé a preparar el cadáver para la tumba, asistí al funeral al día siguiente y eché el primer puñado de tierra sobre la caja mortuoria.

Conocida la íntima amistad que me ligaba a la difunta, recibí muchos testimonios de pésame por parte de mis amigos y amigas.

¡Ay, pero lo que vino después! ¿Qué hubiera sido la cárcel en comparación de «eso», de lo que vino después?....

«Ella» me perseguía continuamente, de día, de noche, a todas horas. No sé decir si es que

en realidad anduviese siempre en pos de mí, o que yo la llevara dentro de mi sér como una constante pesadilla. Pero lo cierto es que la sentía conmigo sin cesar, manifestándose por medio de un ligero suspiro, de un sollozo apenas perceptible para mis aguzados sentidos, o de una sombra que veía todas las noches al acostarme, ante mi lecho.

¡Oh maldita aparición! No me dejaba comer, no podía conciliar el sueño un solo instante, sentía que se me helaba toda la sangre en las venas, ¡y no podía destruirla, deshacerla, aniquilarla!

Cuando en el silencio de mi alcoba oía distintamente los latidos de mi corazón, parecíame escuchar a cada impulso una palabra, una simple palabra que ponía de punta todos los pelos de mi cuerpo: «ella», «ella», «ella», y como amaestrados por una legión de demonios repetían en coro la misma expresión, el reloj con su tic-tac eterno, y las gotas de agua al caer en el fondo de una vasija arrinconada, y todo cuanto estaba en torno mío.

El espanto me aniquilaba, y los nervios, en tensión constante, estaban próximos a reventar cual si fuesen hilos de una endeble fibra. ¡Ah!,

pensé entonces en morir, pero el cobarde brazo no se atrevía a hundir el puñal en mis entrañas.

* * *

«Ella».....,¿qué había hecho «ella»?.....No recuerdo cómo ni dónde nos conocimos, pero sé que desde el propio momento en que la ví me sentí dominado por una fuerza irresistible, y que desde entonces la seguí viendo irremediablemente día tras día.

Con voz que semejaba un murmullo me dijo muchas veces cuán insondable y sincero era su amor; un amor espontáneo, desinteresado, ideal. Yo la escuchaba en silencio; y cuando clavaba en mí sus grandes ojos negros, sin poder resistir a sus fulgores, yo sentía toda mi alma estremecerse cual si la invadiera un invencible espanto.

No vayáis a creer, pues, que yo la amaba, no: aborrecíala por el contrario con toda la intensidad de un corazón malvado, y muchas veces habría sido capaz de llevar a efecto el crimen que cometí más tarde.

.....Y sin embargo, ¿por qué iba à su casa todas las noches? ¿Qué poder extraordinario era aquel; qué atracción tan invencible que al ocultarse el sol me llevaba a pasar algunas horas en

su compañía, como por seres sobrenaturales, por demonios impelido?.....

No comprendo en realidad por qué la odiaba. Era buena, graciosa, inteligente, ilustrada, de muy grata presencia y de conversación cuyas entonaciones recordaban las notas más dulces y armoniosas. ¿Por qué, entonces, me repugnaba; por qué la aborrecía sin poderlo remediar?

Y mi odio parecía crecer en razón inversa de su amor: cuando hablaba, yo, aun contra mis propias creencias, negaba todo lo que ella tratara de afirmar; si reía, me mostraba triste y disgustado; si osaba inquirir las causas de mi pesar, yo en contestación me exasperaba llegando a la violencia y no pocas veces a la brutalidad. Fuí un villano, lo comprendo, digno tan sólo de los mayores suplicios. Y no me explico cómo aquella mujer, que era una santa, aun me amaba con una intensidad que rayaba en idolatría; y se adelgazaba; y cada vez que por cualquier motivo érame imposible concurrir a su vivienda, se ponía melancólica y nerviosa.

Me trataba con una ternura de la que sólo una madre hubiera sido capaz, y todas mis irritaciones e intemperancias las atribuía a mi carácter ligero, procurando apaciguarme con su sonrisa

Entonces me levanté de un salto y, tomándola del cuello, apreté....., hasta que hubo caído sin sentido.

que erizaba de espanto toda mi pelambre, y con sus tiernas palabras que me hacían el efecto de una lluvia de palos sobre las sienes.

* * *

Yo llegué a su casa esa noche, ¡fatal noche!, un poco más temprano que de costumbre; ella me recibió sonriendo y yo le dí la mano muy galante.

El espíritu de la perversidad llenaba todo mi sér, y toda la maldad, la más negra, la más monstruosa de que puede ser capaz el alma humana, se había albergado en mi pobre corazón. ¡Ay!, sentía como si tuviera todos los espíritus infernales dentro del cuerpo.

Me senté junto a ella, rozándola con mis piernas, y estuve algún rato con su mano entre las mías. Le toqué después un seno, y la pobre, mirándome sobresaltada, empezó a llorar copiosamente. Yo entonces me exasperé y estuve a punto de maltratarla: una rabia infernal me dominaba.

«Ella», creyendo sin duda que me había ofendido, con un inimitable gesto de dulzura y de bondad reclinó la cabeza sobre mi pecho; y yo..... oíd, oíd lo que hice y espantáos de mi maldad: ferozmente, como una bestia salvaje la

besé en los labios y la poseí, sin que pudiera la desdichada resistir a mi furor.

Sentí luego como si la vida se escapara, dejando mi cabeza vacía, los ojos nublados, y un ruido sordo, insoportable en torno mío. «Ella» sollozaba, pero yo, desvanecido, apenas percibía sus sollozos entrecortados, en confusión con el espantoso estruendo que embotaba mis sentidos.

Oí de pronto pronunciar mi nombre, y el timbre de aquella voz me comenzó a volver a la realidad. Después advertí que unas manos acariciaban mi cabeza, que unos brazos me rodeaban, y por último, sobre mis labios, que un ardoroso beso los quemaba.

Aquel beso, candente como el infierno, me volvió a la vida.....¡Qué asco, qué asco!.....

«Ella» me volvió a besar y quiso que otra vez la poseyera. Entonces me levanté de un salto y, tomándola del cuello, apreté....., hasta que hubo caído sin sentido; y con una rabia de once mil demonios, valiéndome de las uñas, comencé a abrir aquel mismo pecho que poco antes estaba acariciando.

El olor de la sangre caliente que empapaba mis manos enardeció todavía más mi salvajismo, y seguí abriendo, abriendo...., con más furia ca-

da vez. Separé las costillas y escuché.....: sí, allí estaba; hasta que al fin lo descubría: era él, el corâzón, el odiado corazón, el rojo corazón latiendo todavía.

Lo arranqué de un golpe y cuando lo tuve entre mis manos suspiré satisfecho. Lo apreté con toda fuerza, le hinqué las uñas crispadas, lo deshice entre mis dedos y, ya destrozado, lo estrellé furiosamente contra el suelo.

Entonces prorrumpí en una sonora carcajada: ya nunca más podría latir aquel maldito, aborrecido corazón, que tanto y tan desinteresadamente me había amado. Allí estaba....hecho pedazos, convertido en una masa informe.

.....Mas, ¡horror!,.....: cuando incidentalmente volví la cara hacia la muerta advertí que sus ojos, sus hermosos ojos negros, agrandados, me miraban fijamente, inmóviles, con miradas de inmensa ternura, de infinito amor; y dos lágrimas cristalinas y puras como gotas de rocío, que habían estado titilando en sus largas y sedosas pestañas, rodaban pausadamente por sus mejilllas.

LA CARIDAD

Era día de misa mayor y los fieles se habían congregado en el templo desde muy temprano para lograr asiento.

Resplandecía el sagrado recinto con una gran profusión de cirios encendidos, cuyas amarillentas llamas daban una brillantez tan singular a los ojos de vidrio de los santos, que bien podría habérseles tomado por seres vivos, habituados a untarse belladona en el ombligo.

Serían poco más o menos las nueve de la mañana cuando se dió comienzo al Santo Sacrificio, a tiempo que las notas largas y gemebundas del órgano llenaban, como una plegaria sollozante, toda la amplitud de la parroquia.

Cantados con gangosa voz los evangelios por uno de los clérigos ayudantes, cuya redonda faz no estaba en manera alguna exenta de cierta coloración rojiza hacia la punta del nasal apéndice, se dirigió al púlpito el señor cura de la aldea y, después de haber hecho la señal de

la Santa Cruz sobre la parte ántero-superior de su cuerpo frondoso y rubicundo, empezó a predicar un vehementísimo e inspirado sermón, lleno de hondo sentimiento, de muy hermosas figuras y de sagradas citas.

Versaba sobre la Caridad....

«¿Hay nada más hermoso—decía—que dar pan al hambriento, agua al sediento, consuelo al afligido, sanos consejos a quien de ellos ha menester?.....»

«La Caridad es la más bella y la más sublime de todas las virtudes, porque es la manifestación más pura del amor. Tended la mano al desvalido, y sus plegarias llegarán hasta el trono de Dios, y el reino de los cielos será vuestro.....»

En este o semejante tenor daba rienda suelta a sus exhortaciones el señor cura, cuando, acongojado y pesaroso, entró a la iglesia un campesino. No tenía trabajo y su mujer y sus dos hijos se encontraban gravemente enfermos desde hacía más de una semana. Vanos resultaban todos los esfuerzos que había estado haciendo por ofrecer a cualquier precio sus robustos brazos, y ya el hambre tocaba a las puertas de su casa.

Al oír el sermón cayó de hinojos y dió gracias al Altísimo: un rayo de esperanza iluminaba el fondo de su alma desfallecida; una barquilla de salvación se le ofrecía en la persona del predicador.

Lo esperó no lejos de la parroquia, y cuando hubo salido se le acercó y le dijo:

—Padre, he oído el sermón de usted que ha emocionado hasta las más profundas fibras de mi alma, abriéndome de par en par el sendero de la esperanza. Una esperanza fácil de realizar, pues que a unos cuantos mendrugos se reduce; es el caso que mi mujer y mis hijos están enfermos, y el fuego está apagado porque no tenemos leña ni un plátano verde que cocinar. Usted que es un santo, que ha dicho cosas tan bellas acerca de la Caridad, talvez podría.....

No tuvo tiempo de dar fin a sus ardientes súplicas el crédulo campesino. Habían llegado a la casa cural y el reverendo, aventándole las puertas en las narices, exclamó con el mayor desenfado:

—Hijo mío, cacarear no es lo mismo que poner el huevo.

....empezó a predicar un vehementísimo sermón, lleno de hondo sentimiento, de muy hermosas figuras y de sagradas citas.

MATRIMONIO

Pálido, demacrado, con las ropas excesivamente anchas a causa del estado esquelético en que su cuerpo se encontraba, disponíase don Manuel del Monte a tomar el desayuno que él mismo acababa de preparar, cuando apareció su esposa, inesperadamente, en el umbral de la estrecha puerta del comedor.

Alta, roja la faz, ahogándose y resoplando de puro gorda, era doña Rosario la antítesis de don Manuel.

—Cuidado con olvidar, ¿eh?—exclamó con mirada amenazante y agrio gesto acercándose a su marido, la rubicunda señora.

—Ahí tienes los treinta centavos para el carro y para el lonche; y recuerda que esta tarde necesito dinero para la ropa de las niñas.

Don Manuel quiso abrir la boca para contestar, pero la atiplada voz de su señora esposa le cortó todo esfuerzo por lograrlo.

—¡Nada de excusas, el dinero sin falta, a todo trance! Tus hijas están que parecen entenadas de pordiosero; y yo.... que ni se diga, ¡apesto!....

El marido asintió con la cabeza. Doña Rosario comenzó a enfurecerse al oir que su marido confirmaba lo que ella misma estaba diciendo.

—¡Mal padre, mal esposo! ¿Tendré que ponerme los pantalones y salir en busca de lo indispensable ya que tú nunca supiste hacerlo?

Don Manuel se puso todavía más pálido, apoderándose de todo su cuerpo un ligero temblor. Era un temblor invencible, nervioso, que presagiaba una tormenta próxima a estallar. En un momento se le vino a la memoria todo su pasado: la prudencia había sido la norma de su vida; por sus hijas, una de las cuales ya tenía veinte años frisando la otra en los dieciocho, había callado siempre ante las exigencias y los insultos de su mujer. Pero ya eso no podía prolongarse por mucho tiempo.

Detrás de un escritorio, sacando cuentas y haciendo facturas había pasado la parte más preciosa de su vida, malograda por las obligaciones del hogar. Cuando a las seis de la tarde, débil y agotado abandonaba su trabajo, tenía

que dar clases de Castellano, traducir artículos, emprender nuevas labores que muchas veces se prolongaban hasta después de media noche, únicamente por satisfacer los deseos de su esposa sin entrañas. ¡Y al llegar a su casa ni siquiera una palabra cariñosa, ni una voz de aliento!

No, no podía ser: ya viejo y acabado necesitaba de alguien; de seres cariñosos y buenos que lo recibieran sonriendo y que lo amaran.

Treinta dólares ganaba por semana.... e íntegros pasaban a manos de doña Rosario. ¿Que no podían vivir con treinta dólares sin contar sus extras? El no podía hacer más. ¡Cuántas familias tenían que vivir con la mitad! Ellos mismos, cuando él no ganaba sino veinte, pasaban la vida mucho mejor que ahora.

Personalmente gastaba una miseria: veinte centavos para el lonche y diez para el tranvía que lo llevaba a la oficina. Hasta el fumado, su única distracción, se lo había suprimido la señora que el destino le dió para compañera de su vida.

¡El destino! ¡Qué gran equivocación había cometido!

Cuando joven, ella, doña Rosario, había sido

su musa; y los versos y las prosas que entonces escribía ostentaban amorosas dedicatorias para la que más tarde habría de ser su continuo tormento, su más horrenda pesadilla. La había querido hondamente, y a ese amor, el más grande de todos los amores, sacrificó sus ensueños, sus ilusiones, cuanto tenía.

¡Ay, pero ya en plena luna de miel había empezado a darse a conocer, tal cual era, su «bien amada»!

El hogar mató la poesía; se tragó la inspiración; echó por tierra su futuro entero; fué la ruina de todos sus ensueños. Y en recompensa de tan enorme sacrificio no había recibido otra cosa que sinsabores y golpes.

Veinticinco años llevaba de continuas amarguras, las cuales pesaban sobre sus espaldas como un enorme fardo. No, de ninguna manera, una vida así no podía prolongarse por más tiempo. ¡Bastaba ya de altanerías!

—¿Me has oído?—vociferó la esposa encolerizada ante el silencio del marido.

—Sí, te oí—dijo don Manuel pausadamente, tratando de contenerse.

—Jamás has conocido la vergüenza, so animal. Tienes una calma de elefante.

Don Manuel se levantó de un salto y tomó a su mujer por el cogote, sintiendo que toda la fuerza de su juventud venía a llenar otra vez su sér entero, y que se le acumulaba en las manos y en los dedos. Tenía el rostro enrojecido' los ojos brillantes.

—Aquí se sudan las extravagancias. Trabaja si quieres sedas y lujos, víbora.

Y de un puntapié en el mero vientre la echó a rodar, como un tonel de carne, por el suelo.

A los gritos de la madre corrieron las hijas que aun estaban en sus lechos.

—¿Dónde está ese canalla?—clamaba doña Rosario. — Déjenme, quiero matarlo, hacerlo trizas.

Carmen y Rosario tuvieron que sostener a su madre mientras salía don Manuel.

—¡Que trabaje yo, ha dicho! ¡Qué vergüenza! ¿Ya lo ves, Carmen, hija mía? En esto pararás si continúas en amoríos con ese poeta romántico que entre ceja y ceja se te ha metido, como a mí se me introdujo tu padre cuando me dedicaba versos.

—¡Nada de ilusos! ¡No más idealistas en la familia! Con uno...., basta y sobra! ¡Hombres

prácticos, que se amarren los pantalones, con los bolsillos llenos: eso es lo que necesitamos!

* * *

Cuando don Manuel llegó a la oficina estaba más pálido que de costumbre. Sentía la frente ardiendo y un agudo dolor en el cerebro: tal que si un hierro candente le atravesara el cráneo de parte a parte.

Recordaba la escena recién acaecida como si fuera un sueño, y una infinita tristeza se apoderó de él cuando pensó en sus hijas, en su violencia, en la falta de dominio sobre sí mismo.

Varias veces se levantó de su escritorio; intentaba trabajar, mas no podía; los números bailaban ante sus ojos y le temblaba el pulso.

Una idea fija lo atormentaba: había golpeado a su mujer y sus hijas lo sabían. Era un miserable.

La debilidad, el agotamiento mental producido por veinte años de rudo trabajo y la excitación nerviosa que lo dominaba, acrecentaron la fiebre.

La cabeza le estallaba, oía un ruido....un

ruido extraño....y, como un niño, prorrumpió en sollozos.

***

El pobre hombre iba a reventar como una mula vieja. Entre dos empleados, ya sin sentido, lo llevaron a su casa.

—¡Ah—dijo al verle doña Rosario—te enfermas cuando te conviene! Tendremos que vestirnos con hojas, como los salvajes.

Pero ya don Manuel no daba señales de poder oírla: estaba con los ojos cerrados y una palidez cadavérica cubría su demacrado rostro.

—Morirá sin remedio—dijo el médico que un amigo del enfermo había llamado.....

.....

Y entonces, cuando empezaron los estertores de la agonía, las caras de las tres mujeres, ensombrecidas hasta entonces, se iluminaron un momento: ¡el aseguro! Ahora sí que lo cogían; ya estaba agonizando.

Desde hacía más de diez años, de sus entradas extraordinarias, con grandes esfuerzos, había estado pagando el pobre don Manuel las pólizas que ascendían a cerca de veinte mil dólares.

Y de un puntapié en el mero vientre, la echó a rodar, como un nel de carne, por el suelo.

LA HISTORIA DE UN HOMBRE SIN ILUSIONES

I

Don Bernardo de Guzmán por fuera

—¿No le parece conveniente que salgamos ya?—le pregunta Arciniegas a don Bernardo de Guzmán, mientras dá los últimos retoques a su corbata ancha y de variados colores, en la que luce sus destellos un primoroso rubí cortejado de finísimas chispas diamantinas.—Pasearemos un rato antes de concurrir a nuestra cita.

—Bien, salgamos—contesta don Bernardo de Guzmán con su voz mesurada y serena.

La noche se ofrece esplendorosa, llena de animación y de bullicio. Por las calles discurre un gran gentío que va, viene, conversa en alta voz, se dispersa por las plazas y los parques, entra a los teatros, los cafés, los salones de bailos hoteles.

Los grandes y altos edificios iluminados, imponentes, cuajados de rótulos eléctricos tan llenos de primor e ingenio cuanto valiosos, ocultan el brillo de la luna y las estrellas que, a guisa de amplia y variada pedrería se extienden parpadeantes por el firmamento azul.

Un automóvil hace fo-fo-fo; un tranvía tan-tan-talán; y van entretanto a lo largo de Broadway ambos amigos, caminando silenciosamente, procurando evitar tropiezos, sorteando autos y coches al cruzar las calles atestadas de gentes de todas las razas, de todos los idiomas, de todas las creencias.

Dijérase estar dentro de una enorme ciudad de locos, tal es el movimiento que agita a los transeuntes; tal el ruido que se escucha; tales los saltos que dan algunos por salvar cuanto antes una esquina; tales las carreras que otros muchos, para tomar un carro o un tranvía, vense compelidos a llevar a cabo.

Este don Bernardo de Guzmán en cuya compañía va Arciniegas saltando obstáculos y venciendo apiñadas bocacalles, frisa en los veintitrés, es alto, rubio, erguido, de ojos azules y mirar doliente. Por momentos contrae sus labios una sonrisa amargamente irónica; por mo-

mentos también, frunciendo el entrecejo, deja vagar por su frente despejada y blanca una sonrisa misteriosa que a veces acaba por trocarse en uno como hondo, invencible desencanto.

Español de antigua y pura cepa, oriundo de una vieja, tranquila y dormilona ciudad manchega, parecen sus modales fiel reflejo de vivir tan reposado y silencioso, dado que es grave y sobrio hasta el extremo, casi huraño, en edad tan de locuras y alegrías como es la suya.

Arciniegas posee por el contrario un carácter jovial y expansivo que le cae muy bien, en contraste con su faz interesante y dulce, un poco pálida, en la que acarician llenos de luz y de vehemencia sus ojos alegres, risueños, profundamente negros y brillantes.

—Si alguien—clama—ha pasado tribulaciones y amarguras, he sido yo: y sin embargo.... míreme usted, lleno de entusiasmo y de valor.... No debemos tomar la vida tan en serio porque acabaríamos por matarnos antes de tiempo. Olvide usted lo pasado y alegre esa cara, pues que en el presente estamos y el futuro nos espera.

Y le recuerda aquí al triste y soñador manchego por quinta o sexta vez las peripecias que a raíz de la revolución en su patria tuvo que pa-

sar en compañía de su padre, gran patriota mexicano obligado a huir precipitadamente para salvar la vida, abandonándolo todo, familia, propiedades, negocios pendientes y dinero; a continuación la ruina total como consecuencia del saqueo y robo de su casa y de las fincas..., y por último él, el niño rico y mimado en este torbellino de Nueva York, sin un centavo en el bolsillo, sin el idioma, sin preparación alguna para la lucha por la vida, frente a todos los peligros, casi hambriento.

—Y he triunfado porque tuve fe, porque no dejé que desmayara esta alma mía. Y créamelo, doble esfuerzo tuve que llevar a cabo para salir avante: el que la lucha implica, y el de vencer la antipatía que casi todo buen mexicano siente por el yanqui; antipatía centuplicada cuando vine a saber—dicho por el tumultuoso Roosevelt en su último libro sobre mi patria—, que de esta bendita Casa Blanca salían los fondos destinados a los enemigos del régimen pasado.

Al señor de Guzmán le tiene una honda simpatía, mezcla de admiración y de respeto; es un cariño semejante a esa atracción irresistible que nos lleva a escudriñar lo raro y misterioso.

Por su parte don Bernardo se complace como un filósofo de remotas edades observando una por una las reacciones y sentimientos varios y de pristina pureza de un corazón humano joven, candoroso y espontáneo; modulando con todo el ardor de un consumado artista un alma llena de luz y de belleza, rica en esperanzas e ilusiones, rebosante de fe y entusiasmo. Sí, él se siente feliz y confortado a la par de este mocito mexicano de ojos negros y brillantes, cuyo bozo apenas si dispunta, y que, cuando muestra su ingenio con una sentencia más propia que suya, de un anciano; cuando sin temor alguno, arremete convencido contra un prejuicio. En él cree adivinar el compendio de una raza joven y vigorosa llamada a levantar el estandarte de una nueva era toda hidalga, toda luminosa, altiva y noble.

***

Ya llevan andado un largo trecho ambos amigos, atravesando calles y aceras, pasando por enfrente de soberbios edificios, tropezando a cada paso sus ojos con altas y relucientes chisteras, gabanes riquísimos, pedrería deslumbradora,

al par que infelices mujeres demacradas, harapientas, la cabellera sucia y desgreñada, tocan un organillo de manigueta cuya música plañidera más desgarra los oídos que contrista...., implorando por caridad una limosna; o bien son hombres contrahechos y de repugnante aspecto quienes vienen a resaltar con su miseria el boato y esplendor del transeunte de rica indumentaria y costosísimas alhajas.

Caminando y caminando han llegado a la calle cuarenta y dos, corazón y centro de la gran metrópoli. En este punto aumentan el gentío, el bullicio y el brillo de los grandes avisos que, merced a sabias y complicadísimas combinaciones eléctricas, ejecutan increíbles movimientos y piruetas: ora es un gato que salta y corre tras un rollo de hilo; ora una botella de champaña que va llenando una tras otra cinco copas; ora un cazador que se echa la escopeta al hombro en actitud de alerta; ora un águila enorme que vuela majestuosamente.

Ha dicho alguien que este es el trecho de calle más iluminado del mundo, lo que bien puede ser cierto, pues que no es posible

concebir nada más hermoso, ni más admirable ni de mayor ingenio.

Alcánzase a ver hacia una esquina un grupo compacto de gentes de variados tipos, de entre las que sobresale una mujer alta y enjuta, de ademán varonil y rostro a manera de limones «agrios», quien, pese al campanilleo de carros y coches hace oir su voz potente y estentórea: protesta de la guerra, pide el sufragio femenino, ataca duramente al Presidente y al Senado, pinta cuadros de viudas y huérfanos en la miseria....., y al final, como remate, reparte unos pequeños folletos por el valor de cinco centavos.

Se acercan las 7 de la noche; y como sobre poco más o menos dicha hora han quedado de reunirse ambos jóvenes con don Manuel María de Ulloa y con don Jacinto Urrutia, en un restorán de la calle 70, bajan presurosos al Subway.

Una ancha escala de piedra y hierro, otra escala de menores dimensiones, un angosto pasadizo....., y ya están en el andén.

Es la hora en que se dirige la multitud a teatros y otras diversiones; los trenes van repletos de ejemplares humanos de todo aspecto,

sexo, edad y condición; algunos en extremo peregrinos, otros ataviados de estrafalaria manera.

Es de advertir que estos convoyes se suceden de dos en dos minutos, llevando por lo menos doce carros de gran anchura y longitud; sin embargo, el servicio no basta. La muchedumbre crece por momentos, y a empujones y en peso, más que por sus propios pies, son arrastrados los dos amigos al interior de un coche. El calor es sofocante; hombres y mujeres se apiñan y estrujan como sardinas en lata, produciéndose a cada nueva oleada de gente que con indecibles esfuerzos logra entrar, a cada nuevo y tremendo empuje de pasajeros impacientes por salir, una gran hilaridad, tamañas risotadas, tal que si estar como embutido fuese la cosa más graciosa y natural del mundo.

Las caras se refriegan unas contra otras por el vaivén del tren; los alientos se confunden; los estómagos cuando son algo crecidos sufren tal compresión que causan pena, soliendo ocurrir de cuando en vez que la ya pesada atmósfera se cargue de unos tan mal intencionados olores, que sólo porque ya va el convoy rodando vertiginosamente es posible que se resignen a permanecer dentro quienes tengan la degracia

Las caras se refriegan unas contra otras por el vaivén del tren; los alientos se confunden....

—ninguna otra calificación más adecuada podría emplearse en este caso—de poseer un fino y delicado oltato.

Pero ya el suplicio comienza a fenecer, pues que el término de la jornada está cercano. Con grandes esfuerzos al detenerse el tren, abriéndose paso trabajosamente, logran atravesar andenes, subir escalas, encontrarse al cabo en plena calle, para gustar por fin el deleite de respirar al aire libre, a todo pulmón, profundamente, como desquitándose de la semiasfixia subterránea.....

***

Los cuatro amigos se disponen a dar comienzo a la cena en un rinconcito del amplio comedor, adornado con banderitas americanas de papel, bombillas eléctricas de variados colores, frutas y flores artificiales.

Es don Jacinto Urrutia alto y enjuto, cenceño, ancha la frente, grandes, obscuros y de mirar indefinido los ojos, siendo su característica una sonrisa disimulada y larga, que apenas si no es dado advertir por una ligerísima contracción de los labios un poco delgados y muy pálidos.

Empleó los más fogosos impulsos de su juventud en la Causa Carlista, granjeándose la

admiración y el respeto de muchos de sus propios enemigos políticos por la donosidad profunda de sus artículos y el arrojo y valentía de su carácter indomable. Batalló sin descanso: pero cuando comprendió que el triunfo era más que otra cosa una utopia; cuando a la gentileza de los viejos soldados sucedió la indiferencia de las generaciones nuevas, que por burgueses egoísmos ya se iban acomodando a los regímenes contrarios, sintió tan grande desencanto que desde entonces voluntariamente se desterró de España. En tierras hispanoamericanas, colaborando en los más importantes diarios, estudiando las costumbres y los sentimientos, complaciéndose íntimamente del empuje y adelanto de esos países fecundados en el vientre de su patria, ha transitado la mayor parte del camino de su vida, un poco rara, un poco misteriosa, acaso también un poco escéptica.

En el asiento de enfrente está su viceversa orondamente arrellanado, risueño y muy satisfecho de sí mismo: crecido el abdomen, con la faz tremendamente adiposa, hácenos recordar don Manuel María de Ulloa a uno de esos benditos curas de aldea quienes, una vez celebrado el Santo Sacrificio de la Misa, apercíbense a

comer hasta la hartura. Cuando camina lo hace con un balanceo tan peculiar y entretenido, que irremediablemente pensamos en esos lentos y pesados animales de los polos. Es un incansable conservador, abierto y campechano, alegre como unas pascuas, de ocurrencias en extremo originales.

Un camarero se acerca presuroso y atento, libreta de apuntes en máno y lapicero de ristre. Espera órdenes.....

Don Manuel María les ha ido observando a todos uno por uno, como interrogando silenciosamente; pero viendo que nadie se decide, como si el escoger un plato fuese problema harto intrincado, sujeto a profundas meditaciones y largos devaneos, opta por anticiparse él mismo, ordenando y saboreando de antemano unas cuantas chuletitas de cerdo.

—Fritas ¿eh? Con tomates y demás.

Don Jacinto levanta los ojos del menú para irlos a posar por breves instantes en el Sr. de Ulloa, como dándole a entender que es una atrocidad eso de comer carne a todas horas. Porque ha de saber el lector que don Jacinto primero se dejaría morir de hambre, que deglutir lo que él pomposamente llama pasta de gu-

sanos. Pero como don Manuel María no está para bromitas silenciosas—interpretando la expresiva mirada de su amigo como una alusión irónica a su flacidez—, comienza a hacer su defensa de la siguiente manera, a tiempo de acariciarse faz y abdomen:

—Pues señores....., lo que soy yo no me ando con «melindres». Como bien y cuantas veces se me antoja puesto que aquí—se sigue acariciando el vientre—está la base de nuestra vida, de nuestras acciones y de nuestros pensamientos. No se alimente Ud. como Dios manda, y empezará a flaquear por todos lados: corporalmente, lo cual incluye la cabeza, es decir, la inteligencia; sin inteligencia no puede haber carácter ni voluntad propia; sin el gobierno de la voluntad no hay dignidad posible; sin dignidad, no hay nada. Porque eso sí: soy glotón y lo que ustedes quieran, pero soy digno; me como lo mío, lo que es mío propio, al revés de tantos otros que se engullen lo que no les pertenece.

—Comer en abundancia cuando se puede, es demostrar que se tiene sobra de sentido común. ¡Ah!, mis queridos amigos, pero esto no llega a comprenderse sino cuando uno ha sen-

tido vacío y hueco el estómago por falta de alimento y, en medio de la desesperación que produce el hambre, ha visto bailando en el aire chorizos fritos, huevos, jamones y chuletitas como las que acabo de ordenar. Entonces y no antes, es que las privaciones le enseñan a uno que el centro de la bondad y los afectos no es el corazón según se afirma, sino la víscera de mis desvelos; porque.... ¿vamos a ver?: no es posible concebir que con el estómago vacío existan dulzura o amabilidad posibles, sino por el contrario, exasperación y tirantez nerviosa. Hé aquí cómo he llegado, sin proponérmelo, al origen de las grandes agitaciones sociales por causa del hambre y de las poderosas inspiraciones de poetas famélicos.

—Los hombres hartos en cambio propenden a la bondad, a la reflexión serena, a una especie de perezosa contemplación. Les rebosa por todos los poros del cuerpo un gran positivismo afectuoso a manera de secreción que todo lo disuelve y asimila, así como con la pasta alimenticia hacen los jugos digestivos, allá en las profundidades del antro estomacal. Ese mismo antro en el cual, dicho sea de paso, llevo mi lado flaco.

Don Jacinto le mira maliciosamente, saca a relucir su maravillosa sonrisa, y exhala luego en tono picaresco, con una ironía afectuosa:

—¡Vaya una ocurrencia, hombre! ¿Con que ahí llevas el lado flaco?

El bombo hace pom-pom-pom, frenéticamente, sin descanso, siendo como es el principal instrumento de las charangas americanas.

Hay en el centro del salón un alto entarimado circular, en el que algunas parejas se dan al gusto de la danza. Canta luego un tenor, y a continuación una bailarina de abultado abdomen y torcidas zancas, cuya faz apenas se adivina bajo los mal repartidos lunares artificiales y la abundancia de cosméticos y pinturas, hace una serie de contorsiones y posturas «clásicas», moviemdo con largueza caderas y vientre, e imitando—según rezan los programas—la danza histórica de Salomé.

—Así se divierten estos señores de negocios cuando están cansados salta Arciniegas. Este bullicio insoportable de instrumentos de viento combinados con bombo y platillazos; y una mujer como esa, casi en cueros, constituyen un lenitivo para ellos, una distracción y un consuelo.

—Cuando yo era mozo—se apresura a sentar don Manuel María—no podía oír una música como ésta sin sentir un cosquilleo invencible en la planta de los pies, que venía a traducirse irremediablemente en una danza desenfrenada y loca. En cierta ocasión estuvimos bailando durante tres días seguidos con sus correspondientes noches, sin descanso alguno, a puertas y ventanas cerradas....

—Se está usted sonriendo, don Jacinto; ¿es que no cree lo que digo?.... Pues tan cierto como que me llamo Manuel María de Ulloa. Y es que entonces como ahora, pese a mi sanchopancesco aspecto, sentía intenso amor al arte; pero al arte personificado, hecho materia, traducido en movimiento real y palpable. En cambio a los jovencitos de ahora les cansa el baile, les produce daño una alimentación abundante y sólida, y dolor en el cerebro una música alegre y pizpireta como esas mocitas con las cuales nos atragantan los autores de novelas populares.

—Nada de eso—ataja vehementemente el mexicano.—Somos tan alegres los de hoy como los de ayer; lo que ocurre es que a un ruido como éste no sé cómo llamarlo; y que no creo, por otra parte, que sean alimento carnes como las

que se usan en Nueva York, conservadas durante meses y años y hasta en putrefacción a veces, la que, gracias a los ajos, cebollas y otros condimentos de que las suelen cargar, pasamos desapercibida.

Así es—interviene don Jacinto.—Pero sería de todo punto imposible solucionar el problema de otro modo en ciudades tan abarrotadas de mortales como lo es esta Babilonia, en la que materialmente no se vive como cristianos sino que se es arrastrado sin poder evitarlo. Porque ustedes estarán de acuerdo conmigo en que esto no es vida. Es decir, sí, es vida animal, vida mecánica; pero no vivimos en el sentido estricto de la palabra porque vivir no es solamente comer, dormir, caminar, etc., sino algo más profundo y trascendental: vivir es pensar, avanzar interiormente, meditar. ¿Es que cree usted, amigo don Manuel, que para comer, caminar, dormir, necesitamos del pensamiento? No, eso también lo haríamos por instinto como los brutos. Lo que nos diferencia de ellos es cabalmente la razón; y cuando no nos servimos de ésta como debemos, cuando no procuramos enriquecer el pensamiento por medio de la meditación...., pues....

—¡Bah! Está usted lucido. ¿Con que la razón nos diferencia de los brutos? Si alguien no obra conforme a ella es el hombre, cuyo único anhelo parece ser la contradicción de las leyes naturales, a saber: nuestro desorden en todo género de funciones. Aceptarán ustedes desde luego que si algo hay lógico y racional es la Naturaleza exceptuando de ella al género humano; con lo cual no quiero decir que sea irracional...., puesto que posee ese enojoso cachivache que llamamos razón; pero sí que muchas veces se conduce como si la tal no existiera. En fin.... que ustedes me comprenden.

Don Jacinto que en realidad no ha entendido muy bien, sonríe con su maravillosa sonrisa sin dignarse contestar.

Don Manuel continúa:—Pero bien, no usemos de abstracciones y vamos a lo concreto: dice usted que ésta no es sino vida animal y mecánica, en la que ni se medita ni se piensa. ¿Pero es que ha mirado usted estas inmensas obras, contemplado estos admirables edificios? Y véngaseme a decir después que aquí no es posible reconcentrar el cachivache ese de la razón. ¿O es que todo esto será también obra del instinto?....

—Pues amigo mío, esas organizaciones tan admirables que usted nos señala, y esas construcciones que nos pondera, aunque en pequeño, también las encontramos en los dominios de las hormigas y abejas. Advierto a usted que no es mi intención negar el grande esfuerzo mental que representan, ni el portentoso ingenio, ni la enorme suma de obstáculos que es preciso vencer para lograr tamaña obra como es esta americana. No, lo único que hago es presentar un caso, exponer ante sus ojos un hecho indiscutible, y preguntar a Ud. al mismo tiempo, si cree que las hormigas piensen o que mediten las abejas.....

—Eso ni lo he averiguado ni creo que trataré de hacerlo; pero de todas maneras, si es tan fácil la cuestión como Ud. me la pinta; tan fácil que hasta animalitos como esos pueden llevarla a cabo....¿por qué nosotros en nuestros países no hacemos otro tanto? No, amigo don Jacinto: lo que ocurre es que envidiamos a los norteamericanos porque los vemos muy grandes, muy poderosos y muy ricos. Ningún país tan admirablemente bien organizado ni de tan colosal empuje como éste. En vez de hablar tanto y criticarlos como hacemos, deberíamos

imitarlos, copiar sus regímenes, seguir sus costumbres, para lograr siquiera en parte lo que ya tienen alcanzado.

—Eso es imposible, amigo mío, porque nosotros vivimos de diferente suerte, transitando otros senderos: nuestra vida es más interior que a ras de tierra: meditamos, refiriéndose en consecuencia nuestro avance al fuero interno. No hacemos moles de piedra y de granito, pero elevamos monumentos a la verdad eterna. De mayor trascendencia para el mundo fueron las prédicas del viejo Sócrates a la sombra de los árboles, que lo que puedan enseñar estos cuitados desde sus cátedras, en enormes construcciones y en donde no se conocen los unos a los otros; más decisivas las enseñanzas de Orfeo y Anfión tañendo la cítara y el arpa al aire libre, haciendo vibrar las almas y las mentes en armonía con el sonido.

—Pues, señor...., yo no sé si esos caballeros que Ud. dice sabrían o no tocar la cítara y el arpa, ni al caso viene descubrirlo. Pero sí le digo que si tanto nos disgusta esta nación; que si está como afirmamos tan llena de miserias y defectos.... ¿por qué arrancan para acá tantos hombres públicos y privados de esos países

centro y sudamericanos? ¡Pero sobre todo públicos! Washington parece una madriguera de excelentísimos de Hispanoamérica.

—Pues sencillamente, D. Manuel, porque esos hombres ilustres a los cuales se refiere usted constituyen una excepción en mi teoría: encuentran en esta tierra todas las comodidades imaginables para el cuerpo, y como su vida es animal antes que interna se refocilan a sus anchas en medio de tan grande abundamiento, a costillas, por supuesto, del pueblo a que pertenecen que es el que siempre paga la fiesta. O en otras palabras, que para dichos señores—pese a la altura a que han llegado—, el ideal es vivir el sentido sancho-pancesco de la vida.

Don Manuel María sonríe triunfalmente, carraspea limpiándose el gaznate y luego exclama:

—¿De manera que nosotros, por cuanto también vivimos aquí muy a nuestras anchas?.....

—No, señor: recuerde que de visita estuvo Dante en los infiernos sin ser amigo ni admirador de los demonios. De igual manera hétenos aquí, en los Estados Unidos, observando, filosofando y escribiendo acerca del gobierno, de las costumbres, del ambiente general, de las

tendencias harto claras ya, para que puedan notar el peligro nuestros pueblos y medir las consecuencias del menor desacato. Así como en el infierno al cual imaginó bajar el Dante habitaba Satanás con sus legiones, tentadores de almas, en este país americano existen también los mencionados seres: dólares y agentes del dólar, corruptores de conciencias.

—Palabras, palabras, palabras, como dijo el príncipe danés.

—Aquí no hay príncipe danés que valga, ni ancas de pollino flaco. Lo que digo es el resultado de mis largos años de observación continua y de hondo estudio de este pueblo, pudiéndole asegurar a usted que no lo envidiamos; yo por lo menos no lo envidio. Nuestra civilización es por completo diferente de ésta, puesto que no es sino el resultado de la luz que se ha ido haciendo poco a poco y siglo tras de siglo en nuestras almas. Ellos se han constituido a base de exterminio: nosotros en cambio hemos formado nuestros pueblos por la conquista de sus corazones. Los yanquis aniquilaron y persiguieron a los pieles rojas de selva en selva, destruyéndolos sin piedad ni gracia, cual si fueran bestias feroces. Hé

ahí el pasado, hé ahí la historia sobre la cual descansan los Estados Unidos de Norte América. Los españoles por el contrario dimos a los indios nuestra religión, nuestro idioma, nuestra bandera, todo cuanto podimos darles, hasta la sangre de nuestras venas para lograr su conquista: una conquista de acercamiento y luz: jamás una campaña de destrucción y ruina. Y como con ellos nos mezclamos y convivimos, hoy a través de los siglos se levanta esa nueva raza que es nuestra obra, engendrada por nuestros abuelos, y de la cual España debe sentirse orgullosa. De esos pueblos de la América Central altivos e hidalgos que hoy tratan anhelosamente de unirse para poder representar con mayor largueza el papel que el Destino les ha dado; de esa América del Sur tan avanzada; de ese México altivo y grande; de toda esta Nueva España, en fin, brotará en no lejano día como un cántico de gloria y de grandeza, el poderío más grande y más fecundo en beneficios que hayan visto los ojos del Tiempo y de la Historia.

Don Manuel María, que desde hace largo rato siente invencibles escarabajeos en la masa encefálica por cortar la prieta elocuencia de su

inspirado amigo, ha dispuesto, deseoso de terminar cuanto antes tamaña perorata, rematar lo dicho con una aceptación tácita y rotunda. Pero como D. Jacinto en vez de darle coyuntura para ello cree conveniente continuar en su exposición, hete aquí que el bueno de aquel no tiene más remedio que atacar «en el ínterim», como decía un mi amigo, la última chuleta.

—No quiero ser injusto:—sigue D. Jacinto.—Los culpables de este ambiente desprovisto de toda idealidad; de este remolino humano formado por esa fuerza incontrastable del mercantilismo, no son los trabajadores, ni los labriegos, ni las gentes más o menos sujetas a los vaivenes de la suerte y de los buenos tiempos para vivir. No, una cosa es este pueblo norteamericano sencillo y bueno como todos los pueblos, — pero también cómo ellos masa inconsciente, instrumento irresponsable y fácil, — y otra los magnates del Wall Street, quienes asociados con la Casa Blanca persiguen siempre su fin, corrompiendo a esos traidorzuelos mentecatos, politiquillos menguados de las naciones débiles y pobres.

Don Jacinto se ha quedado con el brazo de-

recho suspendido en alto, erguida la cabeza, puestos los ojos en sus interlocutores como esperando una respuesta, que a juzgar por la actitud que ostenta, satisfecha y confiada, habrá de ser aprobadora a no dudarlo. Don Manuel María, presumiendo que su amigo le daría tiempo de deglutir sin darse prisa la substanciosa chuleta, vese en grandes apuros cuanno el inspirado caballero levanta el brazo en señal de término y remate del discurso. Por fin, después de un tremendo esfuerzo logra enviarla de un golpe cogote adentro, diciendo ahogadamente una vez desembarazado de tamaño estorbo:

—Bien, bien; me parece muy bien todo lo que Ud. ha expuesto.—Y luego, señalando el plato en que yacen chupados y rechupados algunos huesos:—Exquisitas!—Saborea, sorbe y se acaricia el vientre.

Don Jacinto lo mira con ojos de lástima, tal que si estuviese compadecido de tanta frivolidad. El bombo sigue haciendo pom-pom-pom; un tranvía que se alcanza a oir desde la calle, tan-tan-talán; un automóvil fo-fo-fo.

—Ambos—exclama de Guzmán después de una pausa—creo que tienen razón en cuanto han dicho.

—La vida americana es, en realidad, un mecanismo que gira y gira continuamente en torno de un mismo punto: el interés prosaico, el dólar. Pero no debemos olvidar que toda esta agitación, esta reñida lucha por el bienestar, bien puede ser la preparación de una era próxima, la base sobre la cual descansará un nuevo tipo de existencia que ya comieza a esbozarse poco a poco.

—Tiene el espíritu de esta raza una gran virtud: el carácter, el afán de luchar para vencer. Hasta ahora ha sido empleada en la formación del organismo únicamente; faltan la luz, el para qué, la orientación en el futuro.

—Nosotros en cambio poseemos la idealidad, el avance interno obtenido de la meditación, la inquietud espiritual; pero nos falta mucho de la porción externa, estando aun en construcción el edificio material. Bien podemos en consecuencia, sin descuidar nuestro sér íntimo, preocuparnos un poco más de lo exterior. Debemos asimilar parte de esta organización positivista y transformarla.....idealizándola.

—En cuanto a vivir acá o allá no es cuestión de discutir, puesto que la finalidad del hombre no depende necesariamente en sus

progresos del medio ambiente. En pleno tumulto humano, en medio de una vida ajena en todo sentido a nuestros sentimientos e inclinaciones, bien podemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, resguardándonos así de las tendencias externas.

—Si una persona desbordante de alegría asiste a la pantomima trágica de un circo, al fijar sus ojos en los gestos de los actores no verá el lado dramático sino el ridículo y romperá a reir; de igual manera, sentirá una amargura invencible quien transido de dolor escuche las risas con que celebra el público las gracias y los decires de un payaso. Y es que el hombre propende sin remedio a la vida subjetiva: cuando estamos alegres todo nos causa admiración y risa; cuando por el contrario, la melancolía se apodera de nuestras almas; cuando la pesadumbre nos domina; cuando el desengaño vive en nosotros como un parásito, todo nos parece triste, molesto, insoportable. La luz del placer exterior no es bastante a disipar las tinieblas de nuestro espíritu, sino que vienen por el contrario esas tinieblas a ensombrecerlo todo, formando como una enorme pantalla sobre la que vemos reflejados nuestros propios dolores. Es

un choque indescriptible: entonces se produce la más terrible angustia, la desesperación, el llanto.

Don Jacinto escucha a de Guzmán con verdadera unción; advierte en él algo extraño, nada común, que no puede explicarse: acaso—sienta para sus adentros el buen señor—lo que le faltó a las nuevas generaciones para que la causa hubiera sido nuestra.

Don Manuel María, a quien también le cae simpático el joven cuyo último gesto de amargura ha cogido al vuelo, no acaba de comprender ni le halla razón a eso de que un mozo como el manchego, tan de noble presencia y gentiles maneras, adolezca de esa grave enfermedad moral del desencanto.

Pero es muy posible que si este simpático y flácido personaje conociese los antecedentes de la vida de Guzmán; si supiera de esos detalles en ocasiones aparentemente insignificantes, que arrasan vidas y destruyen hogares enteros, acabaría por encontrar su conducta y su carácter como algo muy natural y consecuente.

II

Don Bernardo de Guzmán íntimo

En la Mancha, tierra de mis mayores, feliz transcurría nuestra existencia. A nuestro hogar no asomaba la más leve sombra de infortunio, ni presentimiento alguno de próximas desgracias empañaba nuestra vida.

¡ Qué lejos estábamos de sospechar entonces lo que tras aquellos días, tranquilos y apacibles, se ocultaba !

Cuando menos lo esperábamos cayó enferma nuestra madre atacada de tan grave dolencia, que la llevó al sepulcro irremediablemente.

El dolor de mi padre por desgracia tan inesperada, parecía no tener límite; se pasaba las horas enteras encerrado en su despacho, sin recibir a nadie, pensativo y solitario; sus cabellos blanqueaban rápidamente, y de su antiguo sér no quedaba sino la sombra. Ahora es-

taba pálido, demacrado, con los ojos enrojecidos por el llanto.

Ocurrió por ese mismo entonces la quiebra y embargo de las haciendas de una cuñada de mi padre quien, compadecido de su viudez y desamparo, decidió darle albergue en nuestra propia casa, tal vez acariciando la ilusion de que haría las veces de madre con mi hermano Andrés que a la sazón frisaba en los dieciocho años, y conmigo que tenía doce.

De esa fecha en adelante comienza nuestra mala estrella. Al principio todo marchaba bien; pero más adelante comenzaron las querellas, los disgustos, los rencores: a tal extremo...., que la vida se iba tornando insoportable.

Andrés no se acomodaba al nuevo régimen de vida ni podía sufrir las arideces de carácter de nuestra tía. Acostumbrados como estábamos a la abnegación de una madre que era una santa, no soportábamos aquel cambio tan brusco: del amor más grande, más intenso, a crueles malquerencias, a las más despiadadas mortificaciones.

Sabiendo el dolor que embargaba a nuestro padre, procurábamos mantenerle siempre ocultos nuestros pesares. Eramos jóvenes y podíamos re-

sistir eso y mucho más. Pero él.... ¡el pobre viejo!

Hasta que una tarde el velo hubo de descorrerse ante sus ojos. No recuerdo por qué causa comenzaron a discutir sobrino y tía: se fueron acalorando, llegaron a los insultos y por último ella, ciega de ira, pasó de las palabras a los hechos lanzando contra mi hermano un recipiente de plata maciza con tal fuerza, que si le alcanza a buen seguro que le destroza el cráneo.

Mas habiendo esquivado el golpe, fué a estrellarse el pesado jarro en la cabeza de nuestro primo, único hijo de la tía, quien a alguna distancia se distraía leyendo y que desde entonces se volvió idiota.

Hay que imaginar el dolor, la desesperación los gritos de angustia de la madre al ver caer al hijo sin sentido, bañado en sangre, herido por su propia mano.

Esa noche se encerró mi padre con Andrés en su despacho. Lo que allí ocurrió no sé decirlo. Posiblemente su cuñada habíale informado a su manera, narrándole quién sabe cuántas atrocidades. Lo cierto es que mi hermano estaba pálido y lloroso al salir del aposento; en su semblante se adivinaba una invencible angustia, un dolor profundo.

—Bernardo—me dijo—mañana saldré de esta casa para siempre.

Yo le miré asombrado.

—¿Pero qué ha ocurrido, Andrés? ¿Qué te ha dicho mi padre?—le pregunté ansiosamente.

—Casi nada: que la tía le tiene de tal suerte engañado en contra nuestra que inútiles han sido mis quejas, vanas mis protestas. Se ha indignado conmigo, me amenazó, ¡«no quiero verte!», fueron sus últimas palabras, señalándome la puerta.

¡Qué dolor sentí entonces en mi alma! La separación de mi hermano tendría que influir en mi vida fatalmente.

—Vamos—le dije,—mañana se arreglará todo, no hay que tomar las cosas tan en serio.

Pero él me miró con sus ojos profundos, diciendo luego estas palabras que aun llevo grabadas en lo más hondo de mi corazón, sin dejar de mirarme un solo instante:

«Bernardo, eres todavía muy niño; si fueras mayor comprenderías mi decisión. Cuando una persona a quien adoramos, como adoro yo a mi padre, se vuelve enfurecida en contra nuestra; cuando hiere sin piedad la parte más íntima de nuestro sér; cuando duda de nuestras palabras y

de nuestro profundo afecto, mereciéndole más fe quienes jamás le dieron prueba de cariño y que son por añadidura la causa de nuestros males...., entonces es vano todo intento por reconstruir lo que ha caído ya por el suelo, hechos pedazos.»

«Vendrá el perdón, podrá volver a los labios la sonrisa, pero es una sonrisa semejante a un gesto de amargura, tras de la cual duerme un sollozo. La herida que se abre en nuestro pecho es en tal forma grave, que los esfuerzos que se hagan para cicatrizarla resultarán frustrados.»

«Ya no podría vivir en esta casa sin sentir a cada momento resonar en mis oídos las palabras de mi padre».

Al día siguiente, al salir, estrechándome contra su corazón,—«consuela al viejo»—decía—dile la verdad de todo; no llores.

Y él mismo, el pobre hermano mío que nunca había llorado, siempre altivo y siempre fuerte de voluntad y de carácter, ocultaba la cara sollozando. ¡Acaso presentía el pobrecito que era la última vez que nos veíamos!

***

Hay fuerzas tan misteriosas, atracciones de

Mas habiendo esquivado el golpe, el pesado jarro fué a estrellarse en la cabeza de nuestro primo.

tal manera inexplicables, que la mente humana es incapaz de comprenderlas: la hija de mi tía habíame demostrado siempre, a pesar de tantas calamidades y motivos de alejamiento, especial predilección. Yo sentía por ella algo más que un simple afecto.

Cuando en medio de un disgusto levantaba la vista y la miraba, advertía en sus ojos una caricia, un consuelo. Sin hablarnos casi, sin decirle nunca una palabra de amor, sabíamos comprendernos con esa facilidad de comprensión tan grande que sólo existe entre los enamorados.

Nadie en la casa sospechaba nada. Algunas veces, cuando salía su madre, me deslizaba sigilosamente a sus habitaciones y allí, trémulos y nerviosos, con peligro de ser descubiertos, permanecíamos unidos, enlazados, hasta que el ruido de una puerta o el golpear de una ventana movida por el viento, hacíanos volver a la realidad.

Entonces regresaba a mi cuarto apresuradamente y me encerraba a leer, a escribir, a disipar de mi mente tantas ideas negras como la invadían.

Huir con ella, separarla de su madre—pensaba—y en mi loca desesperación me ponía a

hilvanar planes para la fuga, único medio de hacerla mía, pues que a nuestra unión habrían de oponerse con todas sus fuerzas mi padre y su cuñada.

Mas de pronto levantaba la cabeza y, al ver sobre el escritorio el retrato de mi hermano que parecía reconvenirme con sus miradas fijas, se apoderaban de mi alma unos remordimientos invencibles.

Lo imaginaba pasando vicisitudes, hambriento, enfermo acaso y así.... lejos de los seres más queridos, sin poder recibir una palabra de consuelo, ni un cuidado.

Una voz interna, melancólica y amarga me decía: «Te desesperas porque no puedes satisfacer vanos amores, ilusiones que pasan como el viento...., y tu hermano mientras tanto está sufriendo por causa de quien dió la vida a la mujer a quien pretendes. Quieres huir, abandonar a un pobre viejo enfermo y abatido, con un pie en la sepultura, y no recuerdas que serías responsable de su muerte si llevases a cabo tus locuras».

No, no podía ser: mi prima era el sostén de mi afligido espíritu, pero la unión con ella era imposible, imposible.

***

Cuatro años llevaba Andrés de haber abandonado nuestra casa. Sus cartas, frecuentes al principio, hacíanse más escasas cada día. La última que de él había recibido teníame verdaderamente preocupado: entre sus líneas pude adivinar con esa intuición propia del cariño, enorme desaliento. No me decía como en las anteriores de sus planes, ni de sus triunfos, ni de sus empresas; no se mostraba como antes lleno de fe en el porvenir, desbordante de esperanza. Por el contrario, esta carta era triste, desfalleciente, desprovista de vida.

Acaso me había estado engañando durante cuatro años de contínuas privaciones por no causarnos pena, y ya no podía disimular más largo tiempo.

Me escribía que estaba enfermo, un poco enfermo solamente....y a continuación unas pocas frases más: pero tan misteriosas, tan vagas y extrañas, que inmediatamente pude comprender que algo grave, excepcional, estaba ocurriendo en la vida de mi desgraciado hermano.

Pasaron semanas, y pasaron meses, y ni una noticia, ni una letra....Hasta que una tarde, mucho tiempo después de su última misiva, recibí una epístola fechada en un puerto de la América Tropical. Era de un desconocido, anunciándome el fallecimiento de don Andrés de Guzmán.

Había estado gravemente enfermo durante seis meses; los contínuos padecimientos, las grandes privaciones lo habían debilitado tanto, que no hubiera podido resistir la más leve recaída: mucho menos la fiebre amarilla que le atacó cuando ya convalecía y que se lo llevó sin remedio, en tres días. «Pero murió tranquilo y resignado», decía la carta en su final. «Sus últimos pensamientos fueron para su padre y para usted. Vivió luchando, cayó luchando fué noble y generoso, se condujo como un valiente durante los días de su vida, venció de ella muchas veces, pero.... no pudo dominar la muerte.»

***

Muchas precauciones tuve que tomar para darle a mi anciano padre la fatal noticia. Tantas más, cuanto que yo bien sabía de qué ma-

nera tan ardiente deseaba el regreso de su hijo, a quien creía sano y venturoso.

Cuando éste abandonó el hogar pudo al principio, el pobre viejo, disimular su dolor. Pero ya más adelante, cuándo comenzó a saber la verdad de todo; cuando le supo inocente pero altivo; cuando sospechó lo remoto de su regreso al lado suyo, no pudo ocultar su pesar, dándole rienda suelta, inconsolable.

Y ahora....¡su muerte!....Cuando ya el pobre y anciano padre mío estaba aniquilado, moribundo casi; cuando hubiera bastado el más ligero golpe para echarlo a la sepultura, a cuyo borde se encontraba.

***

«Hijo mío, no llegaré a la primavera: no tengo fuerzas para vivir más tiempo». Díjome así mi padre cuando ya los primeros fríos del invierno comenzaban a sentirse; y siguió hablando en esta guisa:

«Tú que eres joven y fuerte has de perpetuar la memoria de tu padre, de tu madre, de tu desgraciado hermano en lejanas tierras fallecido. No desmayes nunca. Si algún día las fuerzas te faltaren, recuerda que los seres más queridos de tu corazón no han muerto, que

viven la única y verdadera vida, que por tí velan».

«No guardes rencor ni inculpes a nadie de nuestros males presentes: ellos son el resultado de nuestras acciones; constituyen el desarrollo de un problema planteado tiempo atrás; la continuación de una circunferencia empezada a trazar con el compás de nuestras propias obras a través del tiempo y del espacio».

«Nuestra vida actual está sujeta a fuerzas que desconocemos, que no podremos descubrir, pero que nos rigen inevitablemente, gobernadas por leyes invariables, indestructibles».

«No debemos, pues, quejarnos. Las personas que nos causan mal, quienes hacen brotar lágrimas de nuestros ojos y parecieran tener especial empeño en amargarnos la existencia, no son sino un instrumento de esas fuerzas que dirigen los destinos de la humanidad».

«En consecuencia, no hay razón alguna para odiar. Mas por prudencia, hijo mío, sin rencores, sin un gesto de disgusto, en cuanto yo cierre los ojos para no abrirlos más, aléjate de estos seres que sin saberlo, al hacernos sufrir, estaban ayudando a nuestra evolución».

Y permaneció en silencio, mirándome con fijeza, como interrogando. Después de unos se-

gundos, viendo que yo no respondía, me preguntó con gravedad:

—¿Harás, hijo. lo que te he pedido? ¿Cumplirás mis últimos deseos?

Su voz semejaba un eco de ultratumba; sus miradas se clavaban ansiosas en mi conciencia.

—Sí,—le dije, sintiendo que mi corazón se desgarraba—serán cumplidos.

***

Llegó el día de la separación y abandoné para siempre aquellos queridos lares; aquellas alegres campiñas, mudos testigos de nuestras dichas, de nuestros pesares, de nuestros anhelos.

Aquí, en una metrópoli bulliciosa y egoísta, lejos de todo lo que en la infancia era ilusión y alegría; separado de mis amigos, de mis recuerdos, de mi adorada tierra, he ido pasando la vida: una vida mecánica, siempre igual, desprovista de ideales, sin objeto.

¿Mi prima?.... Se casó hace poco con un oficial del ejército. Era natural.... tenía que casarse y se ha casado. No sentí pesar alguno cuando lo supe; quise emocionarme.... mas no pude; llamé a mi corazón.... y nadie respondió: pero advertí que un ruido extraño, cavernoso, llega-

ba a mis oídos: el pobre corazón sonaba hueco.

Muchas veces he recordado cómo ella había redoblado sus consuelos durante los últimos tiempos. Toda dolorosa, pálida y triste me animaba, en su seno descansaba mi cabeza, abatido, desesperado. ¡Y tenía que dejarla, olvidar la única ilusión que me restaba, el ideal que tanto había soñado!

Al dejarla de ver, conforme me alejaba de su lado, iba sintiendo hacerse en mi alma un gran vacío, a tiempo que una honda nostalgia, una amargura infinita llenaban mi corazón.

Hoy ya nada queda. Es una soledad tan grande la que hay dentro de mí mismo, que a veces siento espanto, las fuerzas me abandonan, desfallezco....

Sueño con los seres queridos que están viviendo la única y verdadera vida; veo llegar la muerte; suspiro de alegría: allí están mi padre, mi madre, mi hermano, tendiéndome sus brazos cariñosos y amantes....

Me acerco a ellos...., mas.... ¡oh dolor!.... Vuelvo a la realidad .... Aun corre la sangre por mis venas.

INDICE

Página

Nota Preliminar 3

Una tragedia íntima 5

«Ella» 19

La Caridad 29

Matrimonio 33

La historia de un hombre sin ilusiones

1a. parte 41

2a. parte 68

Fé de las más notorias erratas,

no de puntuación ni de tildes.

Dice:	Debe decir:
Págs. 6 y 7	
Arrellenados, arrellenádose.	*Arrellanados, arrellanádose.*
Pág. 19	
Lo que estas líneas encierra.	*Lo que estas lineas encierran.*
Más les quieren.	*Más los quieren.*
Pág. 62	
Podimos.	*Pudimos.*

#15
A-a

29 *La república de los soviets,* Luis Araquistain.
Extraordinario: Un Colón.
30 *El alma de la escuela,* Luis de Zulueta.
31 *Cuentos de Amor y de Tragedia,* Vicente Sáenz.

Cuadernos próximos a publicarse

Fanatismo político y religioso, 1ª. parte } Benito
Fanatismo ebraico, 2ª. parte } Pérez
Fanatismo religioso aristocrático, 3ª. p. } Galdós
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.
El hijo del camino, Jacinto Octavio Picón.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.
Cuentos escogidos, Silverio Lanza.
Poemas, Rabindranat Tagore.
La perla negra, Victoriano Sardou.
Cuentos, Leopoldo Alas (Clarín).
El milagro de la campana, Pio Baroja.
Problemas trascendentales, Fernando Tarrida del Mármol.
La conquista del pan, Pedro Kropotkin.
Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres, Juan Jacobo Rosseau.
La señorita perla, Guy de Maupassant.
Trabajos sueltos, Máximo Gorki.
El maestro de Sabiduría, Oscar Wilde.
Miscelánea filosófica, Voltaire.
La caravana, Eduardo Marquina.
El mesón de la paloma, Bernard Lazare.
Individualismo y socialismo, F. Pi y Margall.
Instantáneas, Francisco Pi y Arzuaga.
Poemas, Guillermo Valencia.
La escuela de la felicidad, José Ingenieros.
Miscelánea, Antonio Zozaya.
Amorosas (poesías), Almafuerte.
Un enemigo del pueblo, (drama), Enrique Ibsen.
Prosas, Juan Montalvo.
Cuentos, Leopoldo Lugones.
Ojos con sueño, Antón Cherkof.
El último madrigal, Francisco Soler.
Poesías, Isaias Gamboa.

Obras de Vicente Sáenz

PUBLICADAS

Traidores y Déspotas de Centroamérica
2a. edición, agotada.
Falcó & Borrasé, Editores

Cuentos de Amor y de Tragedia
con ilustraciones
Falcó & Borrasé, Editores

EN PRENSA

El Tío Samuel
en las Páginas de Nuestra Historia
Editores:
Imp. María v. de Lines

INEDITAS

Crónicas y Semblanzas
Artículos Diversos
Opiniones y Comentarios

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

SEP 0 6 1991
OCT 17 '91

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028327926